

Las campañas presidenciales en México: entre la estabilidad y el cambio político

Manuel Ramírez Mercado*

Este artículo trata acerca del proceso de cambio político en México y su relación con las campañas presidenciales. Para ello se hace una revisión sobre el papel de la sucesión presidencial de 1988, 1994 y 2000 con el fin de observar algunos rasgos de continuidad y de cambio en los procedimientos de selección de candidatos en el contexto de la pérdida de hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y su conexión con el incremento de la competencia político-electoral. Finalmente, se realiza un ejercicio de reflexión sobre los posibles escenarios de triunfo de los tres principales partidos políticos en México para las elecciones presidenciales de 2006.

El debate sobre la transición y el cambio político

El estudio de los procesos de cambio político han tenido una singular importancia en disciplinas como la sociología y la ciencia política. Las últimas décadas vieron incrementada la producción científica sobre estos tópicos en particular con la denominada tercera ola de la democracia iniciada desde 1974 y continuada hasta la década de los años noventa. Los temas más recurrentes giraron en torno a los procesos de transición hacia la democracia en regímenes que presenta-

ban características autoritarias o totalitarias. De esa manera, los estudios de política comparada adquirieron una singular importancia, pues en estos recaía la sistematización de experiencias que llevaron a la construcción de las principales líneas de investigación sobre esta materia.

Dentro de las categorías que nos proporcionaron todos estos estudios resaltan la de democratización, transición y liberalización política, como procesos generales por los cuales atraviesan los regímenes en cambio. Dentro de esta línea de investigación los campos de acción institucional que conllevan a preservar la estabilidad política o a acelerar el cambio han llamado la atención de los principales estudiosos de estos temas.

En ese sentido, la estabilidad de un sistema democrático, de acuerdo

con Juan Linz¹, depende de la interrelación de esta con la legitimidad, la eficacia y la efectividad de las acciones de gobierno. La estabilidad se fractura si no prevalece un adecuado equilibrio entre éstas, pero en particular resalta la noción de legitimidad entendida como la capacidad de generar y mantener la creencia de la población de que las instituciones políticas existentes son las más apropiadas para determinada sociedad, de ahí que la capacidad de encontrar soluciones a problemas concretos y su instrumentación en programas de gobierno sean aspectos complementarios de ésta para mantener la estabilidad.

En el mismo sentido, la gobernabilidad se presenta como un concep-

* Profesor, Licenciatura en Sociología, FES-Aragón.

¹ Linz, Juan, *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza, 1996, p. 38 y siguientes.

to cercano al de estabilidad, que es definida por Manuel Alcántara Sáenz como "la situación en la que ocurre un conjunto de condiciones favorables para la acción de gobierno de carácter medioambiental o intrínsecas a éste"². Esta definición nos lleva a considerar la estabilidad y la gobernabilidad como variables dependientes de las acciones de buen gobierno y ante la carencia de ello a presentar rasgos de crisis en los sistemas políticos.

Ahora bien, la crisis de estabilidad o de gobernabilidad es un elemento central en el análisis de los procesos de cambio político diseñados por los teóricos de la transición para los cuales existen tres formas de concretar el cambio hacia la democracia: 1) mediante la negociación de pactos y acuerdos entre los actores políticos, 2) mediante la realización de elecciones y, 3) mediante el uso de la violencia³. Partiendo de estas premisas las elecciones se presentaron como el mecanismo ideal para concretar la apertura y transformación de los regímenes autoritarios, para lo cual éstas deben cumplir con ciertos requisitos como lo son: el sufragio universal, debe ser secreto y directo, apegado a los principios de igualdad y libertad⁴.

Estas premisas básicas nos refieren en términos generales a la posición de los teóricos ante la estabilidad y el cambio político en regímenes en transición. Pero en nuestro caso ¿es correcto plantearse como tema de investigación el estudio de las campañas presidenciales para reflexionar sobre el llamado proceso de la transición democrática en México? Si consideramos la particularidad del sistema político mexicano durante gran parte del siglo XX, en el cual la centralidad de la institución presidencial y la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (PRI), resultaban en un control gubernamental de los órganos electorales, en victorias aplastantes del PRI y en un papel secundario de las elecciones en la designación de representantes populares, estos factores parecieran limitar la viabilidad del estudio de las campañas presidenciales.

Pero, por otra parte, tenemos un proceso gradual, intensificado desde la década de los años ochenta del siglo pasado, en el cual las elecciones fueron adquiriendo mayor importancia para concretar la oferta de apertura y transformación del sistema político. El incremento de la competencia política en las elecciones evidenció algunos problemas

de legitimación del presidencialismo y del sistema de partido hegemónico, resumidos en la incompatibilidad de un modelo de participación política diseñado para preservar la estabilidad en el interior de la clase política y otro modelo orientado a generar estímulos para la participación de la oposición que repercutiera en el incremento de la competencia y en la relegitimación del régimen político.

En ese sentido, el discurso sobre la democratización, entendido como apertura y transformación del régimen, le asignó a las elecciones un papel central para sentar las bases de las nuevas modalidades de estabilidad política que tienen que ver con el fortalecimiento del sistema de partidos, la búsqueda de acuerdos políticos entre la esfera gubernamental y los partidos de oposición y, en el mismo sentido, una participación ciudadana más activa para impulsar la competencia electoral y fortalecimiento de la sociedad civil como esfera autónoma de la política, pero indispensable para su legitimación.

¿Cuál ha sido entonces el papel desempeñado por las campañas presidenciales en el proyecto de estabilidad y cambio político en México? Si consideramos a las campañas presidenciales como espacios de tiempo en los cuales los candidatos y partidos hacen una presentación de sus plataformas políticas en la búsqueda de votos del electorado, tendremos una visión general, pero limitada, de la importancia de las campañas. Para ampliar la visión tenemos que considerar el papel de la sucesión presidencial durante la hegemonía priísta, y el sentido de la competencia electoral.

Sucesión y campañas en México: rasgos de continuidad y de cambio

Uno de los problemas más comunes en el estudio de las campañas electorales en México es la carencia de propuestas o estrategias metodológicas que nos permitan llevar a cabo nuestras reflexiones de una manera más sistematizada. En general, nosotros encontramos en la literatura sobre el tema una presentación descriptiva, cronológica y coyunturalmente elaborada; esto quiere decir que aquellos que han escrito sobre las campañas presidenciales lo hacen en su mayoría influenciados por el entorno hegemónico o de baja competencia que caracterizó al sistema por largo tiempo⁵,

² Alcántara Sáenz, Manuel, *Gobernabilidad, crisis y cambio*, México, FCE, 1995, p. 38.39.

³ Huntington, Samuel P., *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 117.

⁴ Nohlen, Dieter, *Sistemas electorales y partidos políticos*, México, FCE, 1998, p. 20-23.

⁵ Entre los textos consultados se encuentran: Daniel Cosío Villegas, *El sistema político mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1982; Arnaldo Córdova, *La formación del poder político en México*, México, Era, 1993; José Antonio Crespo, *Los riesgos de la sucesión presidencial. Actores e instituciones rumbo al 2000*, México, CEPACOM, 1999; Jaime González Graf (compilador), *Las elecciones de 1988 y la crisis del sistema político*, México, IMEP / Diana, 1989;

y algunos otros destacan más el papel de la competencia mediante indicadores de estadística electoral y/o geografía electoral, para señalar los rasgos generales de la competencia política a nivel regional o local.

De cualquier manera, el aspecto que más se destaca es la asignación de un elemento secundario a las campañas, pues el núcleo central de los estudios sobre éstas se refieren a destacar la capacidad del presidente en turno para nombrar a su sucesor y la subordinación de la clase política, vía el Partido, en la aceptación de reglas no escritas que dieron sustento al proceso de sucesión. En otras palabras, la sucesión presidencial destacaba más la disciplina y la cohesión de la clase política que el papel de las elecciones para elegir al futuro titular del Poder Ejecutivo.

La certeza de triunfo de los candidatos postulados por el PRI, limitó el estudio sobre el papel de las campañas presidenciales en el proceso de cambio político. La incertidumbre sobre el resultado de la sucesión se reducía a interpretar las posibles pistas sobre la decisión del presidente en turno, las acepciones del *tapado* y el *dedazo* ocuparon más la atención que el proceso de competencia mismo. Las elecciones, ante su bajo nivel de competitividad, eran consideradas como elemento secundario, un mero ritual que se tenía que realizar para legitimar la decisión hecha por el presidente en turno. José Carbonell lo puntualiza de la siguiente manera:

A partir de los comicios fue posible la existencia de las válvulas de escape necesarias para atemperar las tensiones políticas acumuladas. En consecuencia, en el caso mexicano, las elecciones tuvieron al menos cuatro funciones principales: fuente de legitimación del poder público, de las autoridades y de sus políticas; instrumento de socialización política y canal de comunicación entre gobernantes y gobernados; seleccionar a los cuadros políticos y una función estabilizadora⁶.

El menosprecio por la competencia electoral durante la hegemonía del PRI obligó a algunos académicos a estudiar la importancia de la sucesión y la campaña presidencial

desde el interior del propio partido gobernante⁷. Tratando de encontrar algunos elementos que nos dieran pistas sobre la disciplina guardada por los priístas y poder explicar qué sucedía con el desarrollo formal de la campaña es preciso que realicemos una distinción entre la campaña presidencial del PRI, por una parte, y las campañas de los candidatos de oposición, por otra parte.

Para una exposición ordenada de las ideas identifiqué algunas fases en la campaña priísta: a) la selección de los aspirantes y nombramiento del precandidato; b) los primeros actos de unidad partidista; c) el desarrollo formal de la campaña, que contempla las giras, las estrategias y las propuestas de campaña.

En primer lugar, tal como se señaló unos párrafos antes, la capacidad del presidente en turno de nombrar a su sucesor fue una característica de nuestro sistema político. Durante varias décadas (de 1929 a 1988) este patrón se siguió sin grandes sobresaltos, la disciplina de la clase política y la incapacidad de la oposición para promover proyectos que acentuaran la competencia fueron factores determinantes para que ésta se mantuviera.

La capacidad resolutoria del presidente en turno comenzó a ser trastocada desde el proceso sucesorio de 1988, como se puede observar en el Cuadro 1, la movilización corporativa fue un elemento adicional mediante el cual el PRI disimulaba la toma de decisión del presidente. Cada una de las formas experimentadas de 1987 a 1999 derivaron en rupturas o en fracturas en el interior del Partido, paulatinamente la cohesión de la clase política se desgastaba y en ello tenía que ver el propio contexto de modernización nacional con el cual se desplazó a los políticos tradicionales y colocó a la nueva tecnocracia en los puestos más importantes de la administración pública y, por tanto, en los primeros sitios de las listas de las sucesiones presidenciales.

La unidad priísta, como segundo punto en importancia, se ha manejado como una prioridad de los candidatos presidenciales del PRI. Todos, sin excepción, han realizado giras por el interior de la República, en las cuales se reúnen con organizaciones, dirigentes y líderes estatales y locales del Partido.

Con estas giras los candidatos renuevan un pacto político de unidad y promueven la movilización corporativa a favor de las campañas de sus candidatos. Los acarrees, cuotas de contingentes y demás formas de movilización corporativa instrumentadas por el partido hegemónico les permitieron contar con una presencia significativa en los 31 estados y en el Distrito Federal, y una amplia capacidad de movilización en los 300 distritos electorales del país. Por otra parte, los cambios en la legislación electoral y el

Germán Pérez Fernández del Castillo, et. al., *La voz de los votos: un análisis crítico de las elecciones de 1994*, México, FLACSO / Miguel Ángel Porrúa, 1995; Luis Salazar C. (coordinador), *México 2000. Alternancia y transición a la democracia*, México, Cal y Arena, 2001.

⁶ Carbonell, José, *El fin de las certezas autoritarias*, México, UNAM, 2002, p. 84.

⁷ Véase a Larissa Adler Lomnitz y Frida Gorbach, "Entre la continuidad y el cambio: el ritual de la sucesión presidencial", en *Revista Mexicana de Sociología*, No. 3, julio-septiembre de 1998.

incremento de la competencia de los partidos de oposición repercutieron en resultados negativos para el PRI, pero este se mantuvo como el principal partido a vencer.

Como tercer punto destaco las estrategias de campaña. En este rubro el PRI demuestra su papel predominante y la capacidad de su estructura política para articular propuestas de real impacto en las campañas, sobre todo mediante la planeación de una agenda política coordinada por el Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI (IEFES), así como por los Centros de Estudios Políticos, Económicos y Sociales de los estados (CEPES), organizando foros de consulta sobre los principales temas nacionales y regionales. Además del apoyo recibido por los funcionarios públicos, federales, estatales y municipales para la elaboración de diagnósticos que nutren las plataformas políticas de los candidatos del PRI.

Los candidatos y partidos de oposición

El fortalecimiento del sistema de partidos y su competitividad puede ser ilustrado mediante las estrategias implementadas para seleccionar y nombrar a sus candidatos presidenciales. Para nadie es un secreto que en México prevalece una clara orientación hacia el pragmatismo electoral en nuestro sistema de partidos, producto, en parte, por la hegemonía del PRI durante largo tiempo y, por otra parte, por la serie de incentivos de la legislación electoral para ser más competitivos, lo cual ha provocado que se esmeren en mantener un mínimo de votos que les permitan conservar el registro como partidos nacionales (Véase Cuadro 2).

Sin embargo los datos sobre los resultados electorales nos muestran algunos rasgos de la debilidad y fortaleza de los partidos de oposición entre 1988 y 2000, pues si bien entre la elección presidencial de 1988 y la de 2000 el PRI perdió 13.83 puntos porcentuales, y el PRD —si consideramos los datos del Frente Democrático Nacional (FDN) como propios, pues en las tres elecciones en candidato presidencial fue Cuauhtémoc Cárdenas—, perdió 14.1 puntos porcentuales, mientras el PAN ganó 26.62 puntos porcentuales.

¿Qué nos dice lo anterior? Por lo pronto que el PAN se mantuvo en un movimiento ascendente lo cual le permitió obtener el triunfo en las elecciones presidenciales del año 2000. También que durante ese periodo la pérdida de hegemonía del PRI conlleva un alto índice de volatilidad un movimiento zigzageante entre el FDN/PRD y el PAN para sumar el mayor número de votos (Véase Cuadro 3).

Ante lo cual es preciso destacar la importancia de las figuras personales de los candidatos, es decir, el carisma

como factor adicional en la promoción del voto fue importante en las tres elecciones presidenciales: Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel J. Clouthier en la elección de 1988, juntos sumaron 47.9% de los votos, y qué decir de Vicente Fox en la elección del año 2000, el llamado voto útil y un discurso poco estructurado sobre el cambio político, pero con un elevado impacto por su uso mediático, le permitieron sumar para sí los votos de los simpatizantes perdidos por el PRD y el PRI.

Ahora bien, ¿qué sucede en el desarrollo de las campañas que alimentan la volatilidad y la alternancia en la presidencia? Si bien los datos electorales son contundentes en cuanto al incremento de la competencia y el fortalecimiento de estos dos partidos políticos, esto se debe contrastar con el desarrollo de actividades concretas para fomentar la participación electoral.

Si consideramos las acciones concretas de Clouthier en la elección de 1988, él instrumentó una estrategia de campaña sustentada en tres líneas de acción: a) los llamados a la desobediencia civil, b) el cuestionamiento al papel de los medios de comunicación en la cobertura de las campañas y, c) las denuncias sobre la posibilidad del fraude electoral. Bajo esta visión el candidato pretendía no sólo llamar la atención de los medios sino conseguir un mayor acercamiento con la población y una mayor participación en actos masivos de campaña. Lo importante de estas actividades fue que permitieron que el PAN no perdiera su base electoral y que en las siguientes elecciones, con ayuda del entonces presidente de la República Carlos Salinas de Gortari se mantuviera a la alza⁸.

Por su parte, Diego Fernández de Cevallos, en 1994, realizó una campaña llena de altibajos. Por un lado, su personalidad recia y sus dotes oratorias le permitieron no solo impactar en el electorado, también se mostró como el vencedor en el debate con los candidatos presidenciales del PRI, Ernesto Zedillo Ponce de León, y del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, lo cual le permitió capitalizar una cantidad importante de votos, sobre todo si consideramos su baja actividad durante una parte de la campaña, en particular después del debate al suspender todas sus actividades⁹.

El rasgo carismático fue más explotado por Vicente Fox en la campaña del 2000. El uso mediático fue su princi-

⁸ Cfr. Presidencia de la República, *Las razones y las obras. Las elecciones de 1988. Crónica del sexenio de 1982-1988*, México, FCE, 1988, p. 103 y siguientes.

⁹ Cfr. Reveles, Francisco, "La selección de candidatos presidenciales en el PAN: entre la ausencia y la confrontación", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, No. 1, enero-marzo de 1996.

pal estrategia política, la presencia en los medios de comunicación, los dos debates con sus contrincantes de otros partidos, así como un pretendido acercamiento directo con la población fueron las virtudes presentadas por el candidato presidencial del PAN¹⁰.

En relación a Cuauhtémoc Cárdenas, candidato del FDN en 1988 y del PRD en 1994 y 2000, se apoyó más en un discurso opositor y una movilización permanente en campaña presidencial¹¹. Las denuncias sobre el fraude electoral, sobre la conducción de la economía y sobre la transformación del sistema presidencialista y del partido hegemónico cooptaron gran parte de sus actividades durante sus tres experiencias como candidato presidencial. Por otra parte, su gran activismo durante el tiempo de campaña fue también un rasgo característico de él, las visitas a lugares alejados de los centros urbanos, su actividad durante gran parte del día, los mítines en actos masivos lo colocaron como la principal figura de la izquierda en el país.

Asimismo, Cuauhtémoc Cárdenas en sus tres experiencias como candidato presidencial construyó una serie de alianzas políticas que en 1988 lo llevaron a ser el principal candidato de oposición con el ya célebre Frente Democrático Nacional, mientras en 1994 se dio a la tarea de tejer una alianza con partidos sin registro y movimientos sociales para construir la Alianza Democrática Nacional (ADN). De igual manera, en la campaña del 2000 junto con otros partidos políticos integró la Alianza por México.

El carácter marginal de los otros partidos políticos los ha condenado a vivir una serie de experiencias que para algunos los han orillado a la pérdida de su registro y/o a su desaparición. El sentido del pragmatismo llevó a algunos partidos a apoyar al FDN en 1988, a otros a integrar la Unión Nacional Opositora en 1994, y a algunos otros a aliarse con el PRD en la Alianza por México y al PAN en la Alianza por el Cambio en el año 2000.

En el Cuadro 4, se muestra una caída espectacular del que había sido el partido hegemónico (PRI), y si bien la ope-

sición crece, la alternancia del año 2000 se obtiene mediante una alianza de dos partidos, con un margen de triunfo bajo y con menos del 50% de los votos. Esto habla de las dificultades que tienen los partidos políticos para desplazar por completo al PRI.

En ese sentido, es loable destacar que en el contexto de las campañas presidenciales ha sido común, desde 1988, que se den procesos de convergencia entre partidos políticos y organizaciones sociales.

Entre los cuales destaca por su importancia el FDN y el neocardenismo en 1988, también en esa elección los llamados a la desobediencia civil hechos por Manuel J. Clouthier. En la elección de 1994 se encuentra la Alianza Democrática Nacional que postuló a Cuauhtémoc Cárdenas como candidato presidencial, la Unión Nacional Opositora y los grupos de observación electoral, que si bien no actuaron en conjunto con los partidos políticos si contribuyeron a ampliar la confianza sobre los preparativos y desarrollo de la contienda electoral. Y qué decir del año 2000, el mejor ejemplo lo constituye la red de Amigos de Fox constituida *ex profeso* para apoyar la candidatura presidencial de Vicente Fox.

La estadística electoral y escenarios para el 2006

La centralidad del Poder Ejecutivo frente al Legislativo y el Judicial, así como el factor de cohesión que representó para la clase política por más de setenta años hicieron de la elección presidencial el evento político más importante en el país. Las últimas tres elecciones presidenciales (1988, 1994 y 2000) han marcado un cambio en la competencia electoral, pues el PRI bajó del 100% de los votos en 1976, al 71.6% en 1982 y a un estacionario 50% para 1988 y 1994, para luego caer hasta el 36.87% en el año 2000. Estas pérdidas han implicado un crecimiento para toda la oposición, pero de la misma manera. Me explico, en 1988 el Frente Democrático Nacional (FDN), capitalizó para sí el 31.1% de los votos, la cifra más elevada para una agrupación de izquierda en el país, y que hasta la fecha no se ha vuelto a repetir en una elección presidencial.

Por otra parte, el PAN, desde su primera participación en una elección presidencial en 1952 ha mantenido un ritmo creciente elección tras elección, salvo en 1976 que no presentaron candidato. Este ritmo ascendente lo llevó a ser la tercera fuerza electoral en 1988, con el 16.8% de los votos, también a recuperar la segunda posición en 1994, con el 26.69% de los votos, y a ganar la presidencia, en

¹⁰ Sobre los medios y las elecciones se puede consultar a Raúl Trejo Delarbre, *Mediocracia sin mediaciones. Prensa, televisión y elecciones*, México, Cal y Arena, 2001.

¹¹ Al respecto se pueden consultar los siguientes textos: Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, *Nuestra lucha apenas comienza (Discursos de campaña)*, México, Nuestro Tiempo, 1989; Juan Reyes del Campillo y Leonardo Valdés, "El PRD: su congreso y la autogestión de su candidato", en Leonardo Valdés (Coordinador), *Elecciones y partidos políticos en México*, México, UAM Iztapalapa, 1993; Ricardo Espinoza Toledo, "Los partidos y la selección de los candidatos presidenciales", en Luis Salazar C (Coordinador), *México 2000. Alternancia y transición a la democracia*, México, Cal y Arena, 2001.

alianza con el Partido Verde Ecologista de México (PVEM), en el año 2000 con el 43% de los votos (Véase Cuadro 4).

¿Qué escenario se nos plantea para las elecciones presidenciales del 2006? La contienda del próximo año pondrá a prueba la capacidad de los partidos políticos para desplegar estrategias que les permitan incrementar su índice de participación. ¿Por qué señalo esto? Si consideramos los datos anteriormente señalados nos damos cuenta que prevalece una elevada volatilidad electoral, lo cual quiere decir que los partidos se ven beneficiados y perjudicados al mismo tiempo por la inestabilidad de los electores, que en términos generales provoca que en algunas elecciones se inclinen por candidatos de un partido y en otra votan por otro partido totalmente diferente o que se abstengan de votar.

Ahora bien, si consideramos que cada tres años el padrón electoral está incrementando en alrededor de seis millones de electores, podremos esperar que la lista nominal de electores se integre por alrededor de 70 millones de electores¹². Además, si consideramos la misma tasa de participación que en el año 2000 que fue del 63.97% (64 en números redondos), estaríamos esperando que saliera a votar un total de 44 millones 800 mil electores.

Por otra parte, si consideramos el nivel de competencia entre los tres principales partidos políticos estaríamos ante un escenario en el cual podrían obtener el triunfo con alrededor del 35 al 45% de los votos como máximo, y en un escenario menos probable lo obtendría con el 50 % de los votos.

Lista nominal: 1994 (45,729,057) y en el año 2000 (58,782,737).

Estimado para el 2006, de acuerdo a los datos proporcionados por el IFE: 70 millones de electores.

Participación probable: 64 %, esto es un total de 44 millones 800 mil electores.

Escenario 1: Candidato triunfa con el 35 % de los votos, es decir 15 millones 680 mil sufragios.

Escenario 2: Candidato triunfa con el 40% de los votos, es decir 17 millones, 920 mil sufragios.

Escenario 3. Candidato triunfa con el 45% de los votos, es decir 20 millones, 160 mil sufragios.

Escenario 4. Candidato triunfa con el 50% de los votos, es decir 22 millones, 400 mil sufragios.

¹² La información disponible por el IFE al 30 de mayo de 2005 indica que el Padrón Electoral suma en total a 70 millones 391 mil 387 empadronados, mientras que la Lista Nominal está integrada por 68 millones 361 mil 524 empadronados. Información disponible desde Internet en www.ife.org.mx, página consultada el 22 de junio de 2005.

De acuerdo con estos escenarios, y si tomamos los resultados de las elecciones del año 2000, podemos manejar situaciones hipotéticas para los tres principales partidos políticos.

Para el PAN, que obtuvo alrededor de 16 millones de votos en dicha elección (15'989,636), para obtener el triunfo en el 2006 con el 35% de los votos requerirá mantener la misma cantidad que obtuvo aquella elección. Para obtener el triunfo con el 40% de los votos debe sumar dos millones de votos más. Si pretende un triunfo con el 45% de los votos necesita poco más de 4 millones de votos, y si obtuviera el triunfo con el 50% de los votos tendría que sumar alrededor de cinco millones y medio de votos más de los que obtuvo en el año 2000.

Para el PRI el escenario es el siguiente: en el año 2000 obtuvo un total de 13 millones y medio de votos (13'579,718). Ahora bien, partiendo de estos resultados para obtener el triunfo en el 2006 con el 35% de los votos requiere sumar poco más de dos millones de votos más. Si obtuviera el triunfo con el 40% de los votos tendría que sumar alrededor de cuatro millones y medio de votos. Si lo obtuviera con el 45% de los votos requerirá de sumar casi siete millones de votos. Y si obtuviera el triunfo en el 2006 con el 50% de los votos tendría que sumar nueve millones de votos a los obtenidos en el año 2000.

Para el PRD, el escenario es más complicado. En el año 2000 su candidato obtuvo en total poca más de 6 millones de votos (6'256,780). Partiendo de estos resultados si en el año 2006 obtuviera el triunfo con el 35% de los votos tendrá que sumar nueve millones de votos a los obtenidos en el 2000. Si obtuviera el triunfo con el 40% de los votos necesita sumar cerca de 12 millones de votos. Si lo obtuviera con el 45% de los votos estaríamos hablando de un incremento de 14 millones de sufragios. En un escenario menos probable si obtuviera el triunfo con el 50% de los votos tendría que sumar alrededor de 16 millones de votos a los obtenidos en el año 2000.

Estos son sólo escenarios probables, obviamente que requeriría de una mayor rigidez teórica y metodológica para plantear escenarios más reales, pero como un primer acercamiento nos puede ilustrar la importancia que tendrán las estrategias de campaña durante el próximo año, pues aquel candidato que logre una mayor movilización de los electores indecisos, de los electores volátiles y de los nuevos electores tendrá mayores posibilidades de triunfo. ¿Cómo hacerlo? Eso le corresponde a los estrategas de los candidatos presidenciales.

ANEXOS

Cuadro 1
Procesos de selección de candidatos presidenciales del PRI, 1987-1999

Año	Proceso	Características	Consecuencias
1987	Movilización de Unidad Política y Conciencia Revolucionaria, del 25 de marzo al 28 de julio de 1987.	Auscultación nacional con los líderes del Partido en todos los estados de la República. Presentaciones públicas de los seis aspirantes, celebradas entre el 17 y el 27 de agosto de 1987. Consultas entre el presidente del CEN del PRI y el titular del ejecutivo federal previo al destape del candidato.	Ruptura de la Corriente Democrática del PRI y surgimiento del neocardenismo.
1993	Gran Plan del PRI, integrado por el Plan Global de Movilización Política y el Plan Nacional de Acción Electoral. Mayo de 1993.	Visita del dirigente nacional del PRI a todas las capitales de los estados, así como a los distritos electorales estratégicos. Competencia interna del equipo de colaboradores de Salinas.	Pugna entre los grupos de apoyo a Manuel Camacho Solís y los de Luis Donaldo Colosio.
1994	Decisión unilateral de Carlos Salinas de Gortari. Marzo de 1994.	Reuniones con dirigentes, secretarios de Estado y gobernadores.	Desplazamiento de personajes ligados a Manuel Camacho Solís.
1999	Consulta Nacional, 17 de mayo de 1999.	Elecciones abiertas a militantes, simpatizantes y población en general (7 de noviembre de 1999). Cuatro precandidatos, a ganar el mayor número de distritos electorales.	Se acentúan las fracturas en el interior del PRI. (Madrado vs Labastida).

Fuente: Elaboración propia con base a la investigación hemerográfica del periodo.

Cuadro 2
Proceso de selección de los candidatos presidenciales de los partidos de oposición en México, 1987-1999

Año	Partido	Procedimiento	Candidato
1987	Partido Acción Nacional	Elecciones internas de delegados del partido en la Convención Nacional.	Manuel J. Clouthier.
	Partido Mexicano Socialista	Elecciones Primarias, abiertas a toda la población.	Heberto Castillo.
	Partido Revolucionario de los Trabajadores	Acuerdo político entre dirigentes del partido.	Rosario Ibarra de Piedra.
	Frente Democrático Nacional	Acuerdo político entre dirigentes del PARM, PFCRN, PPS y la Corriente Democrática.	Cuauhtémoc Cárdenas.
1993	Partido Demócrata Mexicano	Elección en la Asamblea Nacional del PDM.	Gumersindo Magaña.
	Partido Acción Nacional	Elecciones internas de delegados del partido en la Convención Nacional.	Diego Fernández de Cevallos
	Partido de la Revolución Democrática	Precandidato único, aprobado por el Congreso Nacional del PRD.	Cuauhtémoc Cárdenas.
	Partido Demócrata Mexicano	Acuerdo político entre las dirigencias del PDM y el Partido del Foro Democrático.	Pablo Emilio Madero.
	Partido del Trabajo	Precandidato única, avalada por la Convención Nacional del P.T.	Cecilia Soto.
	P.V.E.M.	Precandidato único, avalado por la Asamblea Nacional del PVEM.	Jorge González Torres.
	P.F.C.R.N.	Precandidato único, avalado por el Consejo Nacional del PFCRN.	Rafael Aguilar Talamantes.
	Partido Popular Socialista	Acuerdo político entre dirigentes del partido.	Marcela Lombardo Toledano.
	P.A.R.M.	Acuerdo político entre dirigentes del partido.	Álvaro Pérez Treviño.
	Alianza por el Cambio (PAN y PVEM).	Elección interna en el PAN y acuerdo político entre las dirigencias de los partidos.	Vicente Fox Quesada.
1999	Alianza por México (PRD, PT, PAS, PSN y C.D.)	Precandidato único y acuerdo político entre las dirigencias de los partidos.	Cuauhtémoc Cárdenas.
	Partido del Centro Democrático	Precandidato único.	Manuel Camacho Solís.
	P.A.R.M.	Acuerdo político de la dirigencia.	Porfirio Muñoz Ledo.
	Democracia Social	Elección interna en el Consejo Político Nacional del partido.	Gilberto Rincón Gallardo.

Fuente: Elaboración propia con base a la investigación hemerográfica del periodo.

Cuadro 3
Índice y grado de volatilidad en las elecciones presidenciales de 1988, 1994 y 2000

	PRI	PAN	FDN/PRD	Índice de Volatilidad (1)	Grado de Volatilidad (2)
1988/1994	-0.52	9.88	-14.04	12.22	Media
1994/2000	-13.31	16.74	-0.06	15.05	Media
1988/2000	-13.83	26.62	-14.1	27.27	Alta

Fuente: (1) El índice de volatilidad es igual a la suma de las diferencias, en los porcentajes obtenidos por cada partido entre las dos elecciones, dividida entre dos. Juan Reyes del Campillo, "La disputa por las gubernaturas", en Luis Salazar (coordinador), *1997. Elecciones y transición a la democracia en México*, México, Cal y Arena, 1998, p. 262.

(2) Para determinar el grado de volatilidad retomo la propuesta de Guadalupe Pacheco: Baja (de 0 a 9.9), Media (de 10 a 19.9), Alta (de 20 y más). Guadalupe Pacheco, "Democratización, pluralización y cambios en el sistema de partidos en México, 1991-2000", en *Revista Mexicana de Sociología*, No. 3, julio-septiembre de 2003, p. 539.

Cuadro 4
Formatos de competencia y de partidos para las elecciones presidenciales de 1988, 1994 y 2000

Año	PRI	PAN	FDN/PRD	Margen de triunfo (1)	Competencia (2)	Número de partidos (3)	Formato de partidos (4)
1988	50.7%	16.8%	31.1%	19.6%	Mediana competencia	1.7	Bipartidismo PRI-FDN
1994	50.18%	26.69%	17.06%	23.49%	Mediana competencia	1.8	PRI Hegemónico
2000	36.87%	43.43%	17.0%	6.56%	Alta competencia	1.9	Bipartidismo PAN-PRI

Fuente: (1) Margen de triunfo es la diferencia entre el primer y el segundo partidos en puntos porcentuales.

(2) Aquí se retoma la propuesta de Pablo Javier Becerra que establece como rangos los siguientes: Muy elevada competencia (de 0.1 a 5.0%); Alta competencia (de 5.1 a 15.0%); Mediana competencia (de 15.1 a 30.0%); Baja competencia (de 30.1 % y más). Pablo Javier Becerra, "Las elecciones de 1997: La nueva lógica de la competencia", en César Cansino (coordinador), *Las elecciones de 1997 y los escenarios de la transición en México*, México, CEPACOM, 1998, p. 82.

(3) Obtenido con datos proporcionados por Guadalupe Pacheco, "Democratización, pluralización y cambios en el sistema de partidos en México, 1991-2000", en *Revista Mexicana de Sociología*, No. 3, julio-septiembre de 2003, p. 547. La autora utiliza la fórmula del índice de número de partidos diseñada por Juan Molinar Horcasitas.

(4) El Formato de partidos es el diseñado por Guadalupe Pacheco en *Ibidem*, p. 545-546. El formato es el siguiente: Partido que predomina: a) que el partido en el primer lugar obtuviese al menos 60% de los votos; o bien b) cuando la votación del primer partido fuese igual o inferior a 59.9% y la diferencia entre la votación relativa del primer partido y la del segundo fuese igual o superior a veinte puntos.

Bipartidismo: cuando la diferencia entre el partido en el primer lugar el situado en el segundo fuese inferior a veinte puntos de votación relativa y el tercer partido obtuviese un porcentaje menor a 25 puntos.

Tripartidismo: cada uno de los tres partidos obtiene mínimo 20% de la votación y 40-45% como máximo.